



El gran viaje. 1955-2015. Sesenta años de Turismo en España.

Autor: Rafael Vallejo Pousada
Editorial: Fundación EOI, Madrid,
2015
ISBN: 978-84-15061-52-6
Páginas: 306

Con motivo del 60º aniversario de la creación de la Escuela de Organización Industrial, se encargaron varios estudios sobre la evolución de diferentes sectores de la economía española durante estos años a conocidos historiadores económicos. De manera acertada a mi entender, uno de los sectores escogidos por el EOI fue el Turismo, que, sin duda, representa en estos momentos, y desde mediados de la pasada centuria, uno de los vectores fundamentales de la economía nacional. Y nadie mejor para abordar el tema que el profesor Rafael Vallejo. Sin embargo, lo que no me parece tan bien es el tipo de libro, ya que estamos hablando de una obra típicamente institucional: de gran formato (incómodo), de papel de alta calidad, plagado de fotografías y presuntamente caro. Y es que en los tiempos que corren, cuando a los ciudadanos se nos

pide que nos apretemos el cinturón, no es de recibo que la Administración se desuelgue con tomos de este calibre, la verdad.

Yendo al texto, Vallejo ha sido capaz de sintetizar en unas pocas páginas la historia del turismo español en los últimos sesenta años. No cabe duda de que para haber podido presentar este sucinto manuscrito, hay detrás muchas horas de investigación y análisis de datos. De hecho, bebe directamente de otros trabajos como “Turismo y desarrollo económico en España durante el franquismo, 1939-1975” (RHEE, nº7, 2013), “De país turístico rezagado a potencia turística. El turismo en la España de Franco” (documento de trabajo, AEHE, 2014) y “El turismo en España, 1950-2014: la consolidación de un líder turístico”, (comunicación presentada a la XVII Reunión de Economía Mundial, 2015). Estos estudios y nuevas investigaciones constituyen los pilares de esta obra, que ciertamente no presenta un apéndice estadístico, pero cuyos datos están perfectamente documentados en la bibliografía y en las obras citadas.

Con la solvencia que le caracteriza, Vallejo distingue varias fases en estos sesenta años de recorrido turístico. En primer lugar, la segunda mitad de la década de 1950, caracterizada por el final de la Autarquía. Para entonces España se estaba convirtiendo en un destino turístico internacional de cierta importancia. No en vano en 1955 recibió 2,5 millones de visitantes extranjeros, que se convirtieron en 6,2 en 1960. Un salto espectacular que denota su plena incorporación a la geografía del turismo de masas. Está claro que la bonanza económica que vivían otros países europeos contribuyó decididamente a la llegada espectacular de turistas a nuestro país.

No obstante, tampoco sería justo hablar de un fenómeno completamente nuevo. La configuración de España como potencia turística venía de muy atrás, del primer tercio del siglo XX. La Guerra Civil primero, y la Segunda Guerra Mundial después, truncaron muchas de las iniciativas en marcha, además de dar lugar a un nuevo paradigma basado en el sol y playa, las vacaciones pagadas y la creación de una civilización del ocio al albur de la edad dorada del capitalismo. Luis Bolín, director general de Turismo entre 1939 y 1952, pudo intuir muchos de estos cambios y empezó a apostar seriamente por la actividad turística. La creación del Ministerio de Información y Turismo ese último año sería un síntoma de cuanto estamos diciendo. De suerte que a la altura de 1955 había importantes antecedentes para poder hacer de España un destino turístico atractivo para las capas medias e incluso bajas de la Europa occidental.

Con estas bases y una vez entrado en vigor el Plan de Estabilización de 1959, España se adentró en una nueva fase caracterizada por un auténtico boom turístico. El Plan de Estabilización simplificó los trámites de visados y aduanas, liberalizó el control de divisas y dio facilidades a la inversión extranjera. En fin, en 1973 ya era el líder europeo en la recepción de turistas, alcanzando la formidable cifra de 31,6 millones de turistas. Las divisas provenientes del turismo constituían la principal partida compensadora de la balanza de pagos, al financiar entre 1960 y 1975 el 71,5% del déficit comercial. Esto, evidentemente, generó una dependencia del exterior muy fuerte. Y es que los turistas extranjeros buscaban, sobre todo, sol y playa, por lo que las provincias del Mediterráneo y las islas se consolidaron como los destinos turísticos más apeteci-

bles. En este sentido, el papel desempeñado por los tour-operadores internacionales fue decisivo, aunque debemos recordar que la iniciativa empresarial española no se quedó al margen. Tal es así que en estos años es posible hablar de cambios importantes en la oferta hotelera y en el nacimiento de algunas mayoristas de renombre. Tampoco sería correcto pensar que toda la actividad turística de la España de esos años pivotó exclusivamente en los extranjeros. Gracias a una mejora en la renta interna, se calcula que en 1966 unos nueve millones de españoles salieron de vacaciones, y doce en 1971. Parece claro que algo estaba cambiando en la España de esos años y que cuantos podían se sumaban al fenómeno turístico, durante muchas décadas reservado a una minoría.

La crisis del petróleo de 1973 abrió una nueva fase. A la grave situación económica vivida en los países occidentales como consecuencia de la fuerte subida de los precios del crudo, hay que añadir lo vivido en la España de esos años. Evidentemente, el país no fue ajeno a dicha alza, que prácticamente coincidió con la muerte de Franco y la puesta en marcha de la transición política hacia un sistema democrático. Esta etapa, que se prolongó hasta mediados de los ochenta, cuando España entró formalmente en la CEE, se caracterizó, por la consolidación dual del mercado turístico español. Es decir, esa costumbre vacacional de los españoles inaugurada en el periodo anterior vio consolidarse durante estos años. Muchos españoles seguían yendo de vacaciones a su pueblo de origen, pero cada vez eran más los que se desplazaban a destinos turísticos, siendo las playas los más apetecidos. Además, no debemos olvidar algunos cambios de gran trascendencia. Uno, que la Constitución de 1978 otorgó competencias plenas en mate-

ria de turismo a las comunidades autónomas. Dos, que se sentaron las bases para la conformación de un reducido grupo de grandes empresas turísticas de titularidad española. Un grupo que terminó por consolidarse en el periodo posterior, teniendo en el horizonte el mencionado ingreso en la CEE y, en especial, la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992. De aquellos pioneros de los cincuenta nacieron ahora las grandes corporaciones empresariales dedicadas al turismo. A ello hubo que añadir fuertes inversiones públicas en infraestructuras y la implementación de medidas de des-regulación en materia de transporte terrestre y aéreo.

España, a finales del siglo XX, era, sin duda, un destino turístico de primer nivel, pero basado en la oferta de sol y playa. Los retos más importantes a los que debía enfrentarse el sector en aquellos años eran, por un lado, la competencia de otros países mediterráneos y, por otro, los cambios que se empezaban a intuir de la implantación de Internet. Había nacido la era del e-turismo. Así, para ganar competitividad había que plantearse nuevas formas de turismo y ocio, aparte del sol y playa. De esta guisa, el turismo cultural, urbano o gastronómico han ido ganando peso en los últimos años. Es cierto que los turistas clásicos europeos (alemanes, británicos y franceses) siguen optando por nuestras playas, pero hay un nuevo tipo de turistas, estadounidenses y asiáticos, por ejemplo, que prefieren otras modalidades y que están dispuestos a gastar sumas de dinero más elevadas. De ahí que, como apunta Vallejo, el gran reto del turismo español en estos momentos está ahí, en la diversificación del producto, en la desestacionalización y en la captación de nueva clientela, como la asiática.

En definitiva, estamos ante un libro que recoge de forma sucinta lo que ha sido la historia de la actividad turística en España en los últimos sesenta años. Un texto breve, muy bien escrito, ameno y acompañado de un imponente número de fotografías de gran calidad que ilustran perfectamente lo que ha sido este gran viaje.

Carlos Larrinaga
Universidad de Granada